

LO QUE EL FUEGO DEJÓ

Por *Vurgil E. Robinson*

¡EL ULTIMO día de clases! ¡Qué emoción! El último día de clases produce una emoción tan grande en una escuela africana como en cualquier otra escuela del mundo.

Los 22 alumnos de la escuela de Rongo, Kenia, se sentaron muy quietos en sus rústicos bancos, atentos a lo que Lamec, el maestro, les diría. Esperaban ansiosamente el momento en que él les diera permiso para retirarse de la escuela.

---Antes de que nos separemos... -dijo el maestro, quien también parecía sentirse complacido ante la perspectiva de las vacaciones-, quisiera pedir a ocho voluntarios que estén dispuestos a ayudarme, que lleven todos los útiles escolares de la escuela a mi casa. Todos los que deseen ayudar, levanten la mano. Lamec sonrió al ver que todos levantaban la mano.

-Muy bien -dijo-, si todos Uds. ayudan, terminaremos antes.

Muy pronto los muchachos y las chicas iban y venían llevando todos los enseres transportables, de la escuela a la casa del maestro: libros, cajas de tiza, el reloj, pizarras, lápices, en fin cuanto podían llevar. Debido a que la escuela no tenía puertas ni ventanas para cerrar las aberturas que hacían de tales, no era seguro dejar durante las vacaciones ese material escolar en la escuela. Los alumnos fueron apilando cuidadosamente lo que llevaron a la casa del maestro, sobre el piso de una de las habitaciones. Y cuando hubieron terminado, se dispersaron en todas direcciones rumbo a sus hogares. Durante los primeros días de la vacación, Lamec se dedicó a ayudar a su esposa, Huida, a limpiar de malezas la huerta, y a escardar el maíz.

Un día, un amigo suyo que pasaba por allí, se detuvo a visitarlo.

-¿Sabes que hace cuatro días llevaron a Jackson al hospital de Kendu? -le preguntó su amigo.

-No -replicó Lamec-. ¿Qué le pasa?

-Se enfermó mucho. Yo no sé qué le pasa, pero al principio pensaban que no viviría. Pero esta mañana dijeron que lo peor ya había pasado.

-Iré a verlo mañana -dijo Lamec-. El y yo nos graduamos juntos hace cuatro años en la escuela de Kamagambo.

Al día siguiente, de mañana temprano, Lamec salió en bicicleta rumbo al hospital de Kendu, que distaba unos 65 kilómetros de su casa. Su esposa y sus dos niños quedaron en casa. Huida, su esposa, cuidaría la huerta, y Muga su hijo mayor, de seis años de edad, atendería a su hermanita Ana.

Y mientras Lamec recorría en bicicleta el tramo que lo separaba de Kisii, iba pensando en cuán afortunado era. Y con razón. Su huerta estaba bien cultivada. Tenía una esposa buena y dos hijitos obedientes. El rebaño de cabras iba aumentando. Vivía en una de las mejores casas del lugar y debido a que era el maestro de la escuela, gozaba de la estima y el respeto de los demás habitantes de la aldea. Su corazón rebosaba de alegría y gratitud a Dios por todas las bendiciones que le había concedido. Después de llegar a Kisii, tendría que cruzar la zona de las colinas de Kendu, en la región del Lago Victoria, pero eso no sería problema.

Cinco horas después de haber salido de Rongo, Lamec entraba por el camino bordeado de árboles que conducía al hospital. Apoyando su bicicleta contra un árbol de jacarandá entró luego en la sala de hombres. Allí preguntó a uno de los ayudantes de la sala dónde podría encontrar a su amigo, Jackson Otieno. El hombre le sugirió que lo siguiera y juntos recorrieron el largo pasillo que separaba las dos hileras de camas que había en la sala, hasta que finalmente llegaron al otro extremo, hasta la cama donde estaba su amigo. Lamec se sentó junto a la cama y los dos conversaron durante un largo rato.



Cuando terminaron de conversar, el sol casi se había puesto y era demasiado tarde para que Lamec regresara a Rongo. Después de todo, no había ninguna razón especial para que apresurara su regreso. Huida atendería todo el trabajo de la huerta. Al día siguiente Lamec iría de mañana a la Misión de Gendía y vería a algunos de sus amigos.

La esposa de Jackson le sirvió una cena, y en el hospital le dieron una habitación para que pasara la noche. Estaba alistándose para acostarse, cuando en eso llaman a la puerta.

-Pase -contestó Lamec.

La puerta se abrió y entró Pedro, un muchacho de la clase superior de la escuela de Lamec.

Inmediatamente el maestro se dio cuenta de que algo pasaba. Poniéndose de pie, saludó al muchacho con un apretón de manos.

_¿Qué ocurrió? ¿Qué es lo que te trajo aquí? -preguntó sin perder tiempo

-¡Oh, maestro! Tengo malas noticias -respondió el muchacho.

- ¿Qué pasó? Dímelo en seguida. ¿Le ocurrió algo a mi esposa? -quiso saber Lamec.

-Su casa se quemó esta mañana, maestro.

-¡Imposible! ¡Yo salí de allí a las nueve!

-Sí, lo sé. Pero su casa se quemó a eso del mediodía -respondió el muchacho.

-¿Cómo? -preguntó asombrado Lamec.

-Su esposa estaba escardando el maíz. Dejó a Ana en la casa, en su corralito, y le encargó a Muga que la cuidara. De pronto, al llegar al final de una de las hileras de maíz, levantó la vista para mirar la casa y vio que de ella se levantaba una columna de humo. Al mismo tiempo oyó que alguien gritaba. Corrió hacia la casa tan rápido como pudo. Cuando llegó, el fuego ya había llegado al techo. Entonces entró apresuradamente en la casa y sacó un brazado de ropa. Quiso volver para sacar más cosas pero no pudo, porque el fuego ya llenaba la casa. Sus vecinos acudieron para ayudar, pero nadie pudo hacer nada, sino mirar cómo se quemaba la casa.

-¡PERO el bebé, Ana! ¿Murió? -preguntó Lamec, casi sin aliento.

-No, Muga la sacó de la casa junto con su corralito. Su esposa se sintió muy feliz porque los dos niños estaban salvos.

-Debo regresar inmediatamente a Rongo -exclamó Lamec-. ¿Hay luna esta noche?

Y diciendo así salió del hospital pero comprobó que no había luna y que aún las estrellas estaban ocultas por las nubes. De modo que se dio cuenta de que esa noche no podría regresar a Rongo. Después de agradecer a Pedro por haberle llevado el mensaje, aun cuando eran malas noticias, se acostó. Pero no durmió bien.

Al amanecer del día siguiente montó en su bicicleta y salió pedaleando por la carretera. Todos los alegres pensamientos que lo habían acompañado el día anterior, se habían esfumado. Y vez tras vez se preguntaba si acaso se habría salvado algo del incendio. No le cabía duda de que la mayor parte de sus ropas, como también las de Huida, se habían quemado. De pronto lo asaltó otro pensamiento triste. ¿Y las cosas de la escuela que los alumnos habían llevado a su casa? ¿Estarían todas reducidas a cenizas? ¿Le pediría el director de la misión que comprara equipo nuevo para la escuela con su propio salario, que era en verdad bastante reducido? ¿Por qué le había ocurrido esa desgracia? Y cuanto más pensaba en eso tanto peor se sentía. Las ruedas de la bicicleta giraban cada vez con mayor velocidad. No quería ni pensar en el tramo en que, como era camino de subida, no le quedaría otro remedio que bajar de la bicicleta, y caminar.

Al llegar al mercado de Mualapanda, el maestro abandonó la carretera principal y tomó el sendero que conducía a su casa. Estaba acalorado y transpirado. Al dar vuelta en el recodo del sendero, llegó a lo que había sido su casa, que ya no era más que un montón de cenizas. Huida, que estaba en la casa de una de las vecinas, lo vio y corrió a su encuentro, y le contó llorando lo que había ocurrido. Entonces, para tranquilidad de su esposo le mostró a su hijita Ana que no había recibido ningún daño.

-¿Dónde está Muga? -preguntó ansioso Lamec.

-Fue a casa de su abuelita hasta que nosotros tengamos otra casa -lo tranquilizó su esposa.

-Comprendo. Dime, ¿qué salvaste de la casa?

-Sólo un brazado de ropas. Saqué tu traje del sábado.

-¿Se quemaron todas las cosas de la escuela? -quiso saber ahora Lamec.

-Sí, y también todos nuestros propios libros.

-¡Entonces perdí todas las notas que tomé cuando hice el curso de maestro!

-Temo que sí.

Lamec apoyó su bicicleta contra un árbol. Levantando luego un palo, se dirigió al montón de cenizas, que era todo lo que había quedado, y con el palo comenzó a hurgar aquí y allá. De pronto sacó algo entre las cenizas. Eran algunos de sus cubiertos. Encontró también las ollas de barro, pero la intensidad del calor las había roto. Luego encontró la olla de hierro. No había sufrido daño, de modo que la sacó del montón de cenizas y la puso a un lado. Luego fue a remover las cenizas en el lugar donde habían estado apilados los útiles de la escuela. Las pizarras estaban quebradas. En el lugar donde habían apilado los libros de lectura, quedaba sólo un montón de cenizas. Hurgó un poco más hondo.

Notó que el palo tocaba un objeto sólido. Retirando un poco las cenizas, vio que se trataba de un libro de tapas negras. Inclinandose, lo tomó. ¡Era su Nuevo Testamento en Suahili, el que usaba en la escuela, y que siempre guardaba en su escritorio. Tenía las esquinas un poco chamuscadas, por cierto, y olía mucho a humo. ¡Pero no se le había quemado una sola página! Abriendo el libro reverentemente, lo hojeó y se dio cuenta de que estaba presenciando un verdadero milagro. Y si no, ¿cómo era posible encontrar un libro en esa condición, entre las cenizas de todos los demás libros? ¡Eso era algo realmente maravilloso!

Y se estuvo allí, durante un largo rato, mirando su Nuevo Testamento. El hecho de haber encontrado su Nuevo Testamento intacto le infundió un gran consuelo. Mostrándoselo a su esposa, le dijo:

-Querida, si Dios tiene poder para cuidar su Palabra y protegerla del fuego. él también podrá cuidar a nosotros. El nos ayudará. Construiremos nuestra casa otra vez aquí. en este mismo lugar. Pide prestado un cesto a los vecinos, y comenzaremos ahora mismo a limpiar el lugar. Manda a buscar a Muga. El me ayudará.

El sábado siguiente, cuando se reunieron los miembros de la iglesia para celebrar el culto, Muga pasó al frente y mostró a todos los presentes el Nuevo Testamento que había estado en el fuego sin quemarse, y después del servicio religioso, todos se apiñaron alrededor de Muga para ver ese libro. Cuando el director de la Misión de Kamagambo se enteró de esa historia tan extraordinaria, le rogó a Lamec que le diera su Nuevo Testamento. Al principio Lamec no quería separarse de él, pero cuando se dio cuenta de que el misionero lo quería para llevarlo consigo y mostrarlo a otros cristianos de otras partes del mundo, accedió a su pedido. Desde entonces ese Libro ha viajado miles de kilómetros.

Un día en que el misionero estaba hojeando ese Testamento, encontró un versículo que Lamec había subrayado en rojo. He aquí lo que dice ese pasaje:

"Majani hukauka na ua lake huanguka; Bali Neno la Bwana hudumu hatta milele". ¿Qué significa eso? En castellano dice:

"La hierba se seca, y la flor se cae:

mas la palabra del Señor permanece para siempre" (1 Pedro 1:24, 25)

¿Comprendes por qué Lamec subrayó ese pasaje?